

## **APOLO: EL LEGADO MORAL EN LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO POLÍTICO**

María Cecilia Colombani

Apolo parece consumir el imperativo de la medida desde la más rancia aristocracia olímpica. Si pensamos en el *topos* mítico como un territorio fecundo de construcción de la normatividad moral, la tensión Apolo-Dioniso, parece ser el antecedente mítico de la clásica tensión *hybris-sophrosyne*.

Apolo representa el vicario mítico de un llamado a la prudencia, como forma de plasmación de la conducta racional, más allá de la necesidad de matizar la radicalidad de las lecturas extremas, que estigmatizan el dionisismo, ubicándolo en el espacio de la desmesura, mientras que Apolo queda santificado en el lugar de la más noble racionalidad. El dios de la luminosidad olímpica y del esplendor solar constituye la más firme convocatoria a vivir la vida conforme a medida. La metáfora lumínica que lo envuelve no es ajena al largo maridaje que solidariza luminosidad con racionalidad y, por ende, racionalidad con medida. La misma narrativa oracular, inscrita en la experiencia adivinatoria, se alza, desde su compleja arquitectura discursiva, como un *corpus* normativo, constituyendo el más remoto antecedente de una construcción moral, llamada a tener un efecto socio- religioso. Las nociones de medida y norma emanan de ese entramado de palabras, constituyendo un verdadero legado oracular.

Cuando las sociedades carecen aún de un esquema religioso fuertemente institucionalizado, el mito representa una fuente intransferible de construcción de modelos de acción y comportamiento, ya que la conducta de la divinidad se erige en un lugar paradigmático y didáctico, que habla precisamente del mito como una "historia verdadera, significativa y ejemplar", tal como sostiene Mircea Eliade.

Los siete sabios constituyen dentro de la historia de la filosofía, los más fieles representantes del espíritu apolíneo. Son sus más fieles seguidores y

aquellos que precisamente han recibido su legado. Son los que se han traspasado el trípode de mano en mano, los que han dejado grabadas en Delfos las famosas sentencias: «Conócete a ti mismo», «Nada en exceso», «la medida es lo mejor», «Usa la media», «Firme la tierra, inseguro el mar», «Debes mirarte al espejo. Si eres hermoso, haz bellas cosas; si eres feo, corrige el defecto de tu naturaleza con la belleza de la conducta», «Todo es práctica», por sólo citar algunas de las compiladas por Demetro de Falero. (Ver García Gual, *Los siete sabios*, 202-206)

Detengámonos en el vocabulario que aparece en las sentencias. Los conceptos de medida, exceso, firmeza, conocimiento, práctica, belleza, mirada, abren un panorama de peculiares características. El llamado al conocimiento interior, a la mirada en el espejo, marca el rumbo de una acción combinada entre *mathesis* y *ascesis*. No sólo conocimiento, sino también práctica como modo de corregir defectos y asegurar una vida bella.

La recomendación de la medida parece ser un tema dominante de la narrativa apolínea y el *telos* último de esa alianza entre conocimiento y práctica, que anticipa el ideal del sujeto griego clásico. El término *nomos* guarda una riqueza semántica extraordinaria, que invitamos a recorrer: orden, derecho, fundamento, regla, norma, ley, prescripción, máxima, entre otras. Hay una acepción que nos interesa sobremanera. Nos referimos a fundamento y queremos vincularlo con otro término que, por sus resonancias semánticas, querríamos tratar conjuntamente: *Arkhe*, cuyo significado es principio, fundamento, elemento, mando, autoridad, poder, imperio.

Apolo parece reunir en su figura, y en la economía general de la narrativa oracular, dos andariveles estrechamente vinculados entre sí. Por un lado, la dimensión de legislador moral y por otro lado, la dimensión del ejercicio de un poder, a partir del conocimiento-posesión del fundamento.

La acción de legislar, *nomotheteo*, implica, al mismo tiempo, ordenar, determinar. Es la función de quien ostenta la *arkhe* para abrir el juego de la obediencia moral. Así, quien legisla, tiene la función de mandar, *arkhein*, de ser

el primero, guiar, ser jefe, presidir, gobernar, dominar. Espléndida metáfora política que sienta las bases de futuras alianzas entre ética y política.

Basta pensar cómo surge la dimensión política en el momento en que las sociedades griegas, conmocionadas por el despegue económico y la fragmentación de las viejas instituciones, se respaldan en la figura de Apolo, el señor muy alto que reina en Delfos, según Heráclito, para generar un nuevo orden: la *polis*.

En ese marco, Apolo es, fundamentalmente, quien organiza los espacios, respondiendo a su figura de músico, de protector de fronteras, de pastor.

Apolo es un conductor nato. No sólo organiza el *kosmos* político, sino también el orden moral. En realidad, constituye un mismo acto fundacional porque, sin medida, sin ley, no hay organización alguna. Se trata en realidad de un mismo proceso fundacional, cuya bisagra posibilitante parece ser el concepto de *nomos*.

Retornemos al tema de las sentencias o máximas, *gnomai*, como "reliquias de la antigua sabiduría", *enkataleímmata tes palaías sophías*, tal como sostenía Aristóteles. "La sentencia, *gnóme*, es una forma expresiva muy apreciada por los antiguos. Desde Hesíodo hasta Menandro, el comediógrafo de la Comedia Nueva, pasando por autores tan clásicos como Esquilo, Heródoto, Píndaro y Aristófanes, las *gnómai* o máximas tienen un papel destacado en los grandes textos griegos. Y es sobre todo en la época arcaica donde surgen esas sentencias memorables con un especial vigor, rico en resonancias". (García Gual, Carlos. *Los siete sabios*. p. 200.)

Estas reliquias constituyen, básicamente, condensadas reflexiones sobre el comportamiento conveniente y articulan primariamente ese *corpus* inicial y arcaico de una moral laica, "burguesa", tal como sostiene García Gual. Es la insistencia didáctico-pedagógica de valores como la moderación, la cautela, la veracidad, la laboriosidad, la prudencia, todos valores sin los cuales no puede emprenderse esa gesta fundacional a la que aludiéramos precedentemente.

Esta insistencia es el nudo mismo del clero délfico y por ello algunas de estas máximas tienen el soberano honor de estar inscritas en las paredes del templo de Apolo.

Se trata pues de un saber popular, tal como la poesía representa esa especie de filosofía popular, que, con el tiempo, va perdiendo fortaleza y precisión. En realidad, el tiempo arrojará el nacimiento de otro tipo de saber, la filosofía, y de su mano, la emergencia de una arquitectura moral de otro registro y de otro orden del discurso.

La declinación del *mythós* coincide, no sólo con la declinación de una forma de pensamiento, sino además, de una arquitectura discursiva, que plasma ese pensamiento.

No obstante, más allá de la declinación del *mythós*, más allá del cambio de narrativa, el espíritu normativo del magnífico dios solar, de Apolo, el oblicuo, resuena con fuerza inusitada en la ética prescriptiva, que tiñe el mundo clásico. La presencia de Apolo como el gran legislador se deja ver en el sesgo disciplinar que atraviesa la *polis* en su conjunto.

Asimismo, el legado de una vieja y aristocrática alianza entre moderación y poder, se conserva nítidamente en lo que constituye el ideal cívico. La *paideia* como empresa moral es la consumación de dicho maridaje, la definitiva plasmación de una vida virtuosa que se ve coronada con el ejercicio del poder político y la construcción de una vida conforme a la *kalokagathía*.

Apolo está presente en la *polis* como aquellas huellas indelebles que los nuevos giros intelectuales no logran borrar, como aquellas marcas que los avatares del pensamiento no pueden sepultar. El espíritu apolíneo marca rumbos, delinea geografías, planea esquemas estratégicos, porque la moral no es otra cosa que una gran batalla por el ejercicio de la *arkhe*.

Apolo es un cartógrafo que dibuja mapas e invita a recorrer un *méthodos*. Apolo es un pastor que conoce el camino y recomienda su tránsito.

Vendrán otros pastores que delinearán otras rutas, otros cartógrafos, con otros *logoi*, pero aquella marca perdurará, ya que, tal como sostiene García Gual: "en las acciones humanas importa la medida, la mesura, el atenerse a límites, el no exagerar. La virtud que patrocina Apolo es justamente la prudencia, la *sophrosyne*, opuesta a la *hybris*, esa soberbia desmesurada que es trampa y privilegio del noble de antaño, del héroe trágico. La dicha va unida a esa racionalidad en el comportamiento". (Ibidem., p. 201)

El legado de la racionalidad es el destello apolíneo por excelencia, ya que la misma se mide en medida, en límite y norma. En esta línea de reflexión, no hay resolución del sujeto moral por fuera de este margen de racionalidad, constitutiva de la identidad de aquel que se erige como un individuo autónomo, como un sujeto amo de sí, dueño de sus actos, porque conoce el fundamento de la acción ética. De modo tal que, en el fondo último de la cuestión, se está jugando una alegoría por el poder.

Así, Apolo nos devuelve, desde su multiplicidad morfológica, la figura del pastor, del legislador, del fundador y todas ellas se aúnan en un mismo paradigma que, en definitiva, abre el juego de la utopía política.

Colli, G. *El nacimiento de la filosofía*, Barcelona, Tusquets, 1987.

Colli, G. *La sabiduría griega*. Valladolid, Trotta, 1988.

Cornford, F. M. *From Religion to Philosophy*, New York, Harper Torchbook, 1957.

Eliade Mircea. *Mito y Realidad*. Barcelona, Editorial Labor, 1991.

García Gual, Carlos. *Los siete sabios (y tres más)*. Madrid, Editorial Alianza, 1996.

Jaeger, W. *Paideia*. México, FCE, 1995.

Vernant, J.-P. *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, Ariel, 2001.